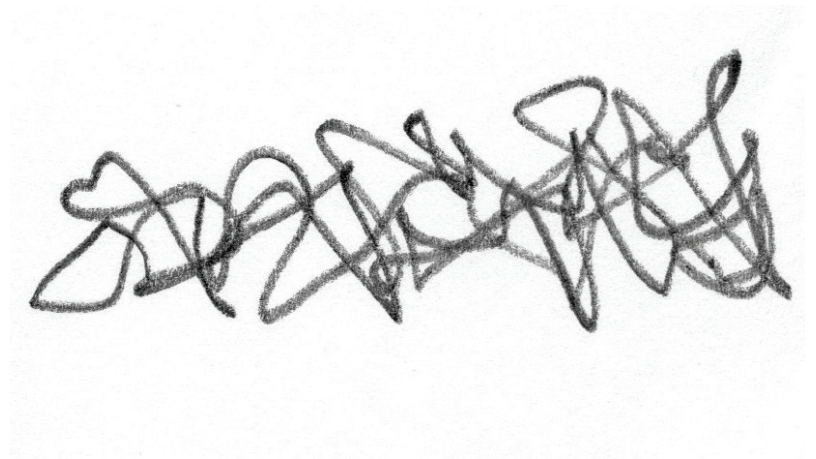


# CON HUGO

José Luis Bobadilla



II  
CUADERNOS  
MULA BLANCA

Diciembre, 2015

CUADERNOS MULA BLANCA II

Después de cumplir los 18 años y terminar los cursos de preparatoria tuve que decidirme por una carrera universitaria. Existían muchas universidades y cada una ofrecía distintas posibilidades tanto con respecto a las carreras ofertadas, como a los modelos educativos que impartían. En ese momento de mi vida comenzaba a descubrir que la lectura era algo “real” con la capacidad suficiente para hacer que mi tiempo fuera algo “útil” sin sentirme amenazado en mis actividades, en mi libertad. Además de leer comencé a ver “otras” películas, eso que llaman cine de autor. Algunas de esas películas me provocaron impresiones muy profundas que aún sin comprender del todo lo que veía en la pantalla, se impregnaron en mí de un modo total. Conservo en mi cabeza algunas imágenes, por ejemplo, una secuencia de *Peor para mí* del director francés Jean Luc Godard. Esa secuencia la he vuelto a ver en sueños: unas hojas que caen y un barrendero que comienza su jornada súbitamente se congelan dejando ver en el fondo de la pantalla, casi imperceptible, pero después evidente y hermoso el paso lento de un barco cortando las aguas tranquilas de un río.

Fue quizá este interés poco meditado aunque seductor, lo que me llevó a elegir la carrera de Comunicación. Las escuelas de cine en México solían ser muy elitistas, había pocas plazas y por lo mismo decidí entrar a la Universidad Iberoamericana, una institución de jesuitas con un ambiente relajado. Esta decisión, probablemente una de las primeras con algo de conciencia, sin influencia de otros, sería fundamental para el futuro de mi vida hasta el día de hoy. Después de estudiar año y medio Comunicación conocí a Hugo Gola, un poeta argentino exiliado en México, y que en ese momento daba un curso dedicado a la poesía latinoamericana del siglo XX. Había salido de Argentina por la presión de grupos militares que condenaron su paso por el Partido Comunista. Estos grupos nunca tomaron en cuenta que Hugo había sido expulsado de dicho partido por una intervención en un congreso de intelectuales en donde defendió que el trabajo del artista era en primer lugar con su lenguaje y que partiendo de ahí, la obra podía alcanzar a otros, una vez que el creador hubiera conseguido renovar las formas de su tiempo. Esto evidentemente no gustó a los censores partidistas. Este hecho ocurrió, me parece, en 1956, cuando lo presionaron a salir de su país era

mayor homenaje que la diseminación de su trabajo. De todos los libros que editó, las revistas que cuidó tan celosamente y, por supuesto, los poemas que nos dejó.

En el año 2009, tuve la oportunidad de viajar con Hugo a Argentina y visitar el pueblo de Rincón, muy cerca de Santa Fe, la ciudad donde vivió como he contado ya con Juan José Saer, sus más intensos años de formación y reflexión sobre el poema y los problemas literarios. Ahí, caminando por calles de tierra marrón, *casi arena muy fina*, como dice en uno de sus poemas —la otra orilla del río Paraná de Juan L. Ortiz se encontraba a unos cuantos kilómetros—, Hugo recordó que alguna vez había escrito un poema sobre un monumental eucalipto. Inmediatamente recordé las palabras iniciales de ese poema: *Alto eucalipto gris...* Con entusiasmo nos animó a Martha Block, y a mí, a que apuráramos el paso unas cuantas calles para ver aquel árbol gigante. Ni bien doblamos la esquina, vimos desde ahí, a más de doscientos metros, el tronco majestuoso del eucalipto que llegaba literalmente hasta el cielo, sembrado en sus ramas de infinitos retoños verdes, demostrando todavía su vigor. El árbol se encontraba dentro del amplio jardín de una casa. Al llegar a la reja, Hugo seguía intentando recordar su poema. Me acerqué al muro y vi que en unos mosaicos de cerámica, estaban transcritas sus palabras. Se lo dije y de un modo un tanto reticente a crearme, se acercó y vio que tenía razón. Juntó sus dos manos, un gesto que repetía desde que lo conocí, y me miró con asombro arqueando sus enormes cejas pobladas. Una cadena de consideraciones y reconocimientos, fijaba otro eslabón. Su amor por la poesía, el culto de la amistad como forma de enfrentar las adversidades del mundo, son parte de lo mejor, que me ha pasado.

que allá todo era una maravilla. Hugo tras esa conversación tuvo muchas sospechas. Estaba en lo correcto. Como se sabe hoy sin ninguna duda, aquello fue un desastre y gente valiosísima como Osip Mandelstam, murió en campos de concentración, en condiciones deplorables.

Cuando *Poesía y poética* finalizó tan abruptamente, un grupo de amigos que nos reuníamos con Hugo de vez en cuando en algo que llamábamos “taller”, pero que en realidad eran encuentros muy abiertos donde algunas veces leíamos cosas escritas por nosotros mismos, decidimos apoyar a Hugo a continuar su proyecto. Lanzamos entonces la revista *El poeta y su trabajo*. Las características de la nueva publicación eran más o menos las mismas pero las necesidades del momento eran otras. Salieron 35 números. En varios de ellos publicamos cuestionarios de distintos poetas del mundo sobre sus inquietudes con respecto a escribir poesía en este tiempo. La revista se abrió además a trabajos de fotógrafos y arquitectos. Se publicaron muchos poemas de poetas jóvenes mexicanos como Pedro Guzmán, Hugo García Manríquez o Inti García Santamaría que se acercaron a Hugo con entusiasmo. En *El poeta y su trabajo* trabajamos diez años y tuvimos enormes satisfacciones. La revista se financió en un inicio con la venta de suscripciones y un capital que logramos juntar de amigos y personas que apreciaban a Hugo. Después fue solamente cuestión de hacer algunos malabares. Ganamos en unos años becas de CONACULTA, conseguimos donaciones de papel, y jamás fallamos para sacar un número. La aventura de *El poeta y su trabajo* me acercó a Hugo de un modo único. Viajamos varias veces juntos a Argentina, me presentó a sus amigos, y me abrió lo ojos en muchas cuestiones. En un viaje a Colima, por contar una entre un millón de cosas, me hizo darme cuenta de la importancia de hacerse presente estando lejos: “No has llamado a Ana”, mi novia de entonces, me preguntó. Y le dije que “no”. Luego con la mayor dulzura del mundo me reprimió haciéndome saber que ella me esperaba y necesitaba por lo mismo de toda mi atención. Ese era su modo de decir, “tienes una compañía y eso merece lo mejor de ti”.

Con Hugo me formé y fue una suerte encontrarme con él y conocerlo. Su ojo crítico era innegable. Pasamos tardes juntos, leímos, discutimos, veíamos desde su ventana en un octavo piso, en silencio, las copas de los fresnos, los ligustros y ficus. Comimos asados deliciosos hechos por él, tomamos vino, hablamos infinitas veces del amor y de la imprescindible amistad. Hicimos también una revista durante una década, me brindó el honor y la confianza de escribir el prólogo de uno de sus libros y *Mula Blanca*, la revista que actualmente publico junto con Ricardo Cázares y Radjarani Torres es resultado de ese aprendizaje. No creo que haya para él

ya 1975. Durante casi veinte años Hugo no participó en nada que tuviera que ver con el comunismo. No era un hombre dogmático, no fue rígido y permanentemente revisaba sus ideas sobre las cosas. Sin embargo, esta actitud de rigor personal, lo orilló al exilio.

El primer lugar al que llegó, fue Venezuela, un ex-alumno suyo, Gabriel Rodríguez, actualmente editor de una buena colección de libros de ese país, lo apoyó. Luego voló a Inglaterra, donde William Rowe, un entusiasta profesor e investigador de literatura latinoamericana y a quien conocía por un viaje que el inglés había realizado a Santa Fe en años pasados, lo ayudó en la medida de lo posible. Ahí pasó poco más de un año, hasta donde sé, con bastantes dificultades. A Hugo no le gustaba quejarse, por lo mismo, lo sucedido en aquel tiempo casi nunca lo recordaba. Me contó, eso sí, que alguna vez se quedó mirando el aparador de un lugar con la ansiedad de no poder comprar nada para sus hijas. Cuando salió de Argentina, lo hizo solo. Una vez en Inglaterra lo alcanzaron sus dos hijas Claudia y Patricia, y su mujer de entonces, Concepción. Fueron ellas quienes lo incitaron a venir a México. Hugo leía y hablaba francés, italiano, algo de portugués, pero aunque fervoroso lector de poesía norteamericana, nunca manejó bien esa lengua. Inglaterra por esta razón le fue un sitio hostil, complicado.

Una vez en México comenzó a editar unas antologías de poemas y ensayos sobre poesía que Raúl Dorra, otro exiliado argentino afincado en Puebla, había titulado *El poeta y su trabajo*. Dorra trabajaba para la Universidad Autónoma de Puebla y había editado el número uno de esas antologías, Hugo editó los números dos, tres y cuatro. Ahí se publicó el valioso ensayo “El verso proyectivo” de Charles Olson, una jugosa entrevista a Juan L. Ortiz. Había poemas de William Carlos Williams, Paul Celan, Gottfried Benn, Denise Levertov, Gary Snyder o Allen Ginsberg, la notable lista podría seguir. Paralelamente a este trabajo editó también para la colección Asteriscos de la Universidad Autónoma de Puebla una serie de libros que incluyeron *En el aura del sauce*, antología de Juan L. Ortiz, *El elemento irracional de la poesía*, un grupo de ensayos de Wallace Stevens, *Poemas, textos, entrevistas* de William Carlos Williams y una selección de poemas de Paul Celan, *Antología poética 1952-1976*. Por esos mismos años para la Universidad Autónoma de Tlaxcala editó *En torno al oficio del poeta*, que incluía ensayos de Gary Snyder. También, en 1984 para la Universidad Iberoamericana de Puebla seleccionó materiales que incluiría en su *Antología para jóvenes*. Esta antología buscaba motivar la curiosidad por la lectura. Para ello Hugo seleccionó poemas, cuentos y ensayos de todos los tiempos: un fragmento de “El cantar de los cantares”, un poema de Catulo, uno más de Jorge Eduardo Eielson, un cuento de Kafka, otro

de Sherwood Anderson, también uno de Juan José Saer entre muchas otras cosas. Su interés por introducir a otros en la lectura fue algo que siempre llamó mi atención. Desde luego leer libros para Hugo era no una forma arrogante de adquirir conocimientos, sino más bien una posibilidad de hacerse acompañar. Muchas veces repetía el siguiente haiku de Buson:

*Atardecer de otoño.  
También hay dicha  
en la soledad.*

Luego decía: “Y uno se aprende esas palabras, y uno sabe que otros han pasado por lo mismo y entonces uno encuentra una compañía”.

En la biblioteca de la Universidad Iberoamericana, en la que trabajó algún tiempo comprando libros, hizo una selección de más o menos mil títulos en donde pretendía iniciar a la gente a leer acercando a los posibles lectores los cuentos de *Dublinenses* de James Joyce y no el *Ulises*, por ejemplo. El criterio era que para llegar a los grandes libros, a las grandes obras, uno debía empezar por lo más sencillo. A los clásicos uno llega después de mucho tiempo. Cuando uno comienza, lo mejor es ir del presente hacia el pasado. Hay que empezar con libros que nos digan algo de un modo más íntimo hoy, para poco a poco iniciar la inmersión en el inmenso pozo de la literatura universal.

Cuando conocí a Hugo mi interés por el cine continuaba, pero me di cuenta que el trabajo en equipo, las pretensiones y fantasías de otros jóvenes que como yo creíamos poder hacer una película estudiando en una “escuelita” para gente de dinero, me fueron poniendo los pies en la tierra. Aunque tuve excelentes maestros como Guillermo Arriaga, hoy reconocido director y guionista, poco a poco empezaba a cuestionarme si eso era realmente a lo que quería dedicarme. Por eso el encuentro con Hugo tuvo ondas y valiosas consecuencias en mi vida.

A Hugo Gola lo conocimos en México sobre todo como editor y promotor de la más sobresaliente poesía del mundo. Durante diez años se hizo cargo de la revista *Poesía y poética* y la colección de más de veinte libros que coordinó durante su paso como profesor y bibliotecario de la Universidad Iberoamericana. Ahí logró promover dentro del panorama de la poesía en México a poetas como Edgar Bayley, Jorge Eduardo Eielson, Javier Sologuren, Aldo Oliva, entre otros autores latinoamericanos poco conocidos pero con enorme crédito en cuanto a sus obras. Publicó además a Henri Michaux, a Eugenio Montale, a Anna Ajmátova, a Marina Tsvietáieva,

*súbitamente serio. Hizo un gesto de asombro, que fue desvaneciéndose lentamente de su rostro. Después lo miró a él y a León, que lo miraban. Abrió los brazos y los palmeó a los dos—. Ninguno, por supuesto— dijo.*

Años después de dejar el partido comunista y antes de dar clases en la Universidad del Litoral de Santa Fe y de venir a México, Hugo pasó un tiempo trabajando para el Instituto de Cine de Santa Fe. Ahí colaboró con Saer en distintos proyectos y convivió con Augusto Roa Bastos y Néstor Sánchez, importantes narradores latinoamericanos. Sánchez le dedicó a Hugo “Adagio para viola d’amore” un cuento de su último libro, *La condición efímera*, en el que el personaje es veladamente Juan L. Ortiz. También ahí conoció a Raúl Beceyro y Marilyn Contardi, quienes primero fueron sus alumnos y después sus amigos. Todos visitaban frecuentemente a Ortiz del otro lado del río Paraná, en la ciudad de Entre Ríos. Coincidió en ese espacio igualmente Raúl Ruiz, el gran director de cine chileno. Paralelamente por esa época Hugo mantuvo relaciones con algunos poetas del grupo llamado Poesía Buenos Aires como Edgar Bayley, Mario Trejo, Francisco Madariaga, Francisco Urondo entre muchos otros amigos de batalla. En un viaje a Argentina, luego de pasar a Buenos Aires y visitar a Hugo Padeletti y a Guillermo Saavedra entre otros amigos, pude ver el reencuentro entre Hugo y Mario Trejo en un festival de poesía en la ciudad de Rosario. Se abrazaron y sonrieron cálidamente reconociendo el largo de recorrido de sus vidas. Por eso años, finales de los cincuenta y principios de los sesenta, además, tradujo junto con Rodolfo Alonso, miembro también de Poesía Buenos Aires, *El oficio de poeta* de Cesare Pavese. Colaboró con algunos pintores y poetas de la ciudad de Rosario como Juan Grela, quien ilustró *Veinticinco poemas*, su primer libro publicado en 1959, también con Leonidas Gambartes, Hugo Padeletti y Aldo Oliva. Fue amigo de un arquitecto argentino cuyo nombre no recuerdo a quien Hugo llamaba “Petaca” pero a quien apreciaba mucho y que al parecer se suicidó. Una buena parte de esta nómina de figuras destacadas fue convocada por Hugo y formó parte de un valioso encuentro denominado “Primera reunión de arte contemporáneo” celebrado en Santa Fe en 1957, y que tuvo como figuras tutelares a Juan L. Ortiz y a Carlos Drummond de Andrade. La idea era que escritores y artistas hablaran con la mayor resolución de sus trabajos e intercambiaran ideas con personas de otras disciplinas como puede observarse en la conferencia “Los poetas de nuestro tiempo” de Raúl Gustavo Aguirre que rescatamos en el número 28 de la revista *El poeta y su trabajo*. No quiero dejar de relatar que con Juan Gelman, Hugo tuvo aproximaciones y distanciamientos y al final una franca separación. En algún momento, aún formando parte del Partido Comunista. Gelman que había viajado a la URSS le dijo a Hugo

hacia la prosa, escribiendo narraciones y poemas que hoy son reconocidas como una de las cimas más altas de la literatura latinoamericana. Saer, que al parecer solía ser muy bromista, yendo en coche, en una ocasión le dijo a Hugo que manejaba: “Fíjate bien lo que haces —Juan L. Ortiz iba en el asiento del copiloto— si algo nos pasa, la literatura puede retrasarse algunas décadas.” Anécdotas como esas hay muchas y para quienes tengan interés les recomiendo la lectura de *Las vueltas del río*, un libro con dos vivos retratos de Ortiz y Saer que Hugo publicó como un festejo de su compañía. La poesía, la literatura, son entre otras cosas sistemas complejos en donde se cruzan múltiples elementos —a veces totalmente heterogéneos— que el poeta y el lector deben integrar en una experiencia del lenguaje y al mismo tiempo, de vida. En *Las vueltas del río*, mediante una escritura sobria y emotiva, Hugo puso felizmente en evidencia que la amistad y la coincidencia suelen ser indispensables para quienes han decidido dedicar su esfuerzo vital a la solitaria actividad de escribir. El recuerdo afectuoso, el repaso de algunos encuentros, las afinidades, la observación crítica de los distintos rasgos de carácter, elaboran en esos registros un testimonio infrecuente por su entrañable sinceridad. Otro texto que da prueba del ambiente en que esas amistades se fraguaron y que también recomiendo, es el cuento “Algo se aproxima” del libro *En la zona* de Juan José Saer, cuyo final copio aquí mismo, pues siempre me ha parecido genial. Dos amigos luego de estar con unas amigas comiendo un asado, bailando, tomando, conversando, trasnochando, deciden ir a comer algo más a otro lugar. Entonces pasa lo siguiente:

*Entraron. En una mesa, junto a la ventana estaba León, solo, comiendo pollo con arroz. Tomaba agua. Ellos se detuvieron junto a la mesa.*

*—Síéntense— dijo León. Siguió comiendo. El mozo, un hombre de edad, pequeño y delgado, en mangas de camisa, se aproximó y él le habló en el oído. El mozo hizo un vago gesto afirmativo. Ellos pidieron arroz con pollo y una botella de vino blanco. El mozo se alejó. León no decía una palabra, más bien comía con expresión dolorida.*

*—No falta mucho para que amanezca— dijo Barco.*

*Él suspiró. Estaba rendido. Después miró a León, que comía inclinado sobre su plato.*

*—Barco —dijo— ¿qué sentido tiene la vida?*

*Barco abrió los ojos y la boca, sorprendido. Después lanzó una carcajada.*

*—¿La vida? ¿Sentido? ¡Muchacho!— dijo, riendo. Miró a León. Éste había dejado de comer y lo miraba, aguardando. Barco se quedó*

realizó una imprescindible antología, *Galaxia concreta*, sobre el importante movimiento de poesía concreta brasileña, incluyendo ensayos, poemas y traducciones de Haroldo y Augusto de Campos y Decio Pignatari.

Este cúmulo de realizaciones notables, desdibujaron, aunada a su modestia por publicar y promoverse, el valor de un trabajo que hoy ya se reconoce en el territorio de la poesía escrita en nuestro idioma. Antes que otra cosa, Hugo fue siempre un poeta. Esto puede observarse en el hecho de que con el tiempo y desde el comienzo, a pesar de que sus poemas fueron adquiriendo características muy distintas en los planos formal y expresivo, algo sutil pero reconocible se instaló siempre en su escritura. En *Retomas*, su último libro publicado en México —fue *Resonancias renuentes* el más reciente libro que pudo cuidar y publicar en Argentina antes de su muerte ocurrida lamentablemente este año, el pasado 4 de julio—, Hugo reemprendió con absoluta entrega su compromiso con la palabra. A la suma de sus ya múltiples recursos, se agregan otros, un más reconocible hilo narrativo, como el que atraviesa el poema “recuerdo borroso”, por ejemplo, en donde la memoria recupera anécdotas aparentemente olvidadas, pero que están por ahí, agazapadas, esperando encontrar el camino de regreso y, con éste, su lugar en el presente. Así, se teje al mismo tiempo, con un recurso, una poética. A diferencia de sus libros anteriores *25 poemas*, *Poemas 1960-1963*, *El círculo de fuego*, *Siete poemas*, *Filtraciones*, *Ramas sueltas*, donde la relación con el mundo inmediato jugaba un papel fundamental —lo que no quiere decir que esto haya desaparecido en *Retomas* y *Resonancias Renuentes*—, el reconocimiento y utilización de los mecanismos de la memoria, producen una atmósfera nebulosa, que al igual que en un película de Tarkovski, permiten que cada nueva imagen, que cada nuevo suceso dentro del poema, resulte un descubrimiento. Desde esta perspectiva, Hugo se encuentra muy próximo de William Carlos Williams, para quien también, el poema, antes que otra cosa, es una revelación. Por otro lado, Hugo se acerca a Williams, y no es un asunto menor, por su apego a los ritmos del habla, y no a un burdo uso coloquial de las palabras. Esto es notorio en el vocabulario que utiliza, pues es amplio y preciso, características infrecuentes, por decir, en una conversación. Hay, sin embargo, una incorporación de los acontecimientos que suceden dentro de ésta, como puede observarse en las siguientes líneas: *ahora / que suba ahora / hacia este cielo / y dé otro paso / hasta nosotros*; en donde la repetición, actúa no como una muletilla, sino como una forma para cargar de mayor sentido al lenguaje.

Pero quiero hacer un paréntesis antes de seguir. Hugo escribía sus poemas a mano en cualquier tipo de soporte: cuadernos, libretas, hojas



sueitas, papelitos. Luego los pasaba en su máquina de escribir y los iba guardando hasta que sentía que estaba listo un libro. Esto no es un asunto menor. Cada uno de esos tránsitos, el paso de la cabeza a la mano y de la mano a la máquina, le permitían establecer una cierta objetividad crítica con lo que escribía. Era un proceso que incluía la inmediatez, pero que no era solamente eso. Ya pasados a máquina, alguien más se encargaba de hacer un archivo electrónico. Hugo no manejó nunca las computadoras. En una ocasión me tocó a mí transcribir un grupo de poemas, “Ramas sueltas”, para la publicación de su libro *Filtraciones* en el Fondo de Cultura Económica. Sé que Martha Block su compañera de los últimos treinta años y una excelente pintora y ceramista y Ricardo Cázares, también lo hicieron. La oportunidad de hacerlo me permitió al menos a mí, entender más cabalmente como funcionaban los poemas de Hugo. Al transcribirlos sopesaba el sentido de las palabras, sus sonidos, el valor de los espacios, de los cortes de versos, de la disposición gráfica de las palabras que trazaba un dibujo sobre la página. En definitiva, tenía una oportunidad más de aprender. Cierro el paréntesis.

Uno de los rasgos más sobresalientes de los poemas de Hugo, es sin duda el constatable uso material que hace de las palabras. En sus poemas las palabras se apegan a su significado, y al mismo tiempo, expanden su sentido mediante sus relaciones sonoras, sus repeticiones y sus “resonancias” internas y externas. La primera clase a la que asistí por invitación de un amigo, lo escuché leer *Altazor* de principio a fin. Esa fue su clase y resultó decisiva. Con su voz firme y sostenida, nos hizo sentir a todos los presentes, que la poesía era también sonido. Seguramente no viene demasiado al caso, pero no podría omitir, que hasta el día de hoy, no he conocido a nadie que leyera tan bien los poemas como él. Su ritmo es infalible. Sin ser monótono, consigue con muy pocas variaciones, hacer que un poema de Oliverio Girondo o César Vallejo, extienda sus ondas hacia otras regiones de sentido. Una vez me contó que siendo niño, estando solo, en el campo, a la intemperie, cuidando algunos animales, sentía el impulso de gritar palabras, a veces inventadas, como en un embrujo. No dudo que en ese hecho de su infancia, estuviera encarnado ya, el germen de su modo de leer y una idea del poema. Considero que este uso material de la palabra, ha sido posible gracias a una concentración particular, que trabaja incluso al nivel de la sílaba. Hugo consiguió encontrar para cada poema una forma y un sonido, que gracias a que se ajustan a un objeto único, logran ser soluciones exclusivas y al mismo tiempo siempre nuevas. Si existe un sistema dentro de la obra de Hugo, es su rebelión a construir

siempre propició. A veces ésta, resultaba problemática, no todo el tiempo es posible estar en buenos términos con los amigos, pero hay que ser capaces de saltar esas trancas.

Recuerdo que en una ocasión me contó que después de no ver a Juan José Saer por unos años, el exilio y la distancia no eran siempre franqueables a pesar de las tardes enteras escribiendo cartas y realizando llamadas de teléfono, en ese encuentro, fue cerciorándose si tenían aún algo que ver. Hugo había viajado a Francia para encontrarse con muchos de sus amigos en una reunión donde estarían Saer, el cineasta Raúl Beceyro, el narrador Antonio di Benedetto, entre otros. Habían planeado alquilar una casa en la Provenza. Era una reunión significativa pues en años esto no había sido posible. Antes de esa reunión Hugo pasó unos días con Saer en París. Cuando llegó, como decía, para cerciorarse de que aún podían compartir sus vidas, Hugo empezó a cuestionar a Saer sobre sus lecturas. Inmediatamente la conversación, pollo al horno de por medio y vinos franceses, comenzó a avivarse. En ese tiempo ambos compartían enorme interés por Thomas Bernhard. Su novela *Corrección* fue desmenuzada como parte del ritual de reencuentro. Como puede verse para Hugo la amistad era un presente y no la idealización de un pasado. Sus amigos más cercanos Juan L. Ortiz, Saer, Oscar del Barco, Raúl Beceyro, Hugo Padeletti, Eduardo Milán, o José Carlos Chiaramonte, yo mismo afortunadamente, así lo entendimos y propiciamos siempre la misma atención, el mismo tiempo, la misma amabilidad y generosidad que Hugo nos dispensó.

Durante sus estudios de abogado se hizo amigo de Juan L. Ortiz y Juan José Saer. Por esas fechas León Felipe viajó por la provincia de Argentina. El poeta español apareció con su larga barba blanca y una actitud virulenta que escandalizó a todos por su tono crítico. Dijo en ese momento lo que nadie más se atrevía a decir. En un hotel en el que Hugo se encontraba, la intendente interrogaba a León Felipe insistentemente sobre su profesión. Luego de un rato cedió: Poeta, dijo. Pero continuo. De Ortiz tuvo alguna referencia y lo buscó. A Saer lo conoció en un conferencia en la que un tipo muy joven y sagaz discutió frontalmente desde el público con Ernesto Sábato. Luego de eso Hugo se acercó y comenzó un diálogo intenso durante décadas. Juan L. Ortiz fue un maestro generoso, nunca impositivo, alguien que desde la provincia fue capaz de estar al tanto del mundo poético y político de su tiempo, además de concentrarse en escribir pacientemente y sin preocuparse por la publicación, una obra personalísima y de grandes alcances expresivos. Saer por su parte, a pesar de escribir durante años poemas y de tener un envidiable libro como *El arte de narrar*, se decantó

emociones y pensamientos, de sus intuiciones pero también del desarrollo de las ideas que lo irían acompañando a lo largo del tiempo. Dejaba eso sí, sus paseos a caballo, la sombra de los encinos, de los sauces, para arrancar entonces una licenciatura en derecho. En esa época había pocas opciones y la carrera de leyes permitía cierta libertad para volcarse en otro tipo de lecturas. Ser abogado no le atraía demasiado, sin embargo, pensaba que podía ser útil trabajando en esa profesión. Con ello tendría los medios para subsistir y así realizar otras actividades más afines a sus intereses personales. Cuando terminó, me contó que quiso volver a Pilar a practicar el litigio y así ayudar a los más desprotegidos, pero nunca pudo ejercer realmente como abogado. Ese título, de cualquier manera, le sirvió para dar clases en distintos momentos de su vida, y obtener un título, siempre fue una de sus recomendaciones para la sobrevivencia. No porque importara la profesión, sino la posibilidad de trabajar. Jamás le escuché apoyar la vida bohemia que muchos escritores y artistas hacen, le parecía un error, una decisión desencaminada. Sin embargo, en una ocasión tras escuchar una grabación de Edgar Bayley, contó que un día antes de su muerte, lo había visitado en un cuarto de azotea donde por su alcoholismo, estaba postrado. Bayley le ofreció unos trocitos de jamón pasado y un vino malo. Hugo los aceptó y jamás criticó a Bayley en este sentido. Por el contrario publicó sus ensayos y poemas e instigó a muchos a leerlos. Las preocupaciones materiales, quizá porque las padeció, fueron para él una moderada obsesión, si esto es posible. Hugo pudo resolver estas cuestiones del mejor modo, viviendo siempre austeramente y consiguiendo ahorrar. Tuvo una pensión de la Universidad del Litoral que recuperó a partir del gobierno de Alfonsín y una más de la Universidad Iberoamericana de donde también se jubiló. Con su trabajo de años logró hacerse de su departamento y de ese modo pudo vivir honrosamente. Sus gastos eran desde luego la comida, los libros, el vino y la carne que de vez en cuando compraba para hacer un asado en un casa de campo que Martha Block, hizo construir a Juan Carlos Cano, un ex-alumno de Hugo en Huitzilac, Morelos. En esa casa, ubicada mágicamente en la esquina de las calles Senda poética y Senda misteriosa, convivimos en diversas ocasiones un grupo grande de amigos y conocidos, pues como escribió Juan José Saer en su inolvidable ensayo *El río sin orillas*: “Un asado no es únicamente la carne que se come, sino también el lugar en donde se la come, la ocasión, la ceremonia [...] y todas las ocasiones son buenas para prepararlo. Cuando vienen los amigos del extranjero, cuando alguien obtiene un título profesional, cuando hace buen tiempo.” El asado, según Saer, une a hombres y mujeres y es en definitiva una celebración de la amistad, algo que Hugo, me refiero a la amistad,

uno, su rechazo total a utilizar un método recurrente. Para esto, intuyo, no es posible otra cosa que ser paciente. Esperar con fidelidad las “filtraciones” de la emoción y la experiencia interior. Creo que también por esto su obra es hoy en día tan distinta a la de otros poetas: sin ser en realidad una poesía del silencio, necesita de éste para existir. La idea es simple, la sobreabundancia del mundo actual en todos los órdenes requiere separar y aislar las cosas para poder experimentarlas, quien se haya tragado el cuento de una supuesta multifuncionalidad, me temo se pierde de algo que no puedo llamar sino esencial:

*a fuego lento  
cociné  
salmón rosado*

*no sólo para mí*

*su sabor  
resultó delicioso*

*tal vez  
por eso  
precisamente  
precisamente*

Y gracias a esto, precisamente, leer los poemas de Hugo exige de quien los lee una determinada disposición. La vida y el poema intercambian hilos que tejen una fina malla, que al igual que en los versos con los que Pablo Neruda abre su “Alturas de Machu Pichu”, *del aire al aire como una red vacía*, es posible acumular alguna experiencia. Son la vida y el poema que en una marcha idéntica recogen el mundo y sus efectos. Este rico registro puede tomar una extensión diversa, desde unas pocas líneas hasta varias páginas, como es el caso del largo poema “rotación” que abre *Retomas*. La extensión por si sola no representa un valor especial, un poema funciona más allá del número de versos que lo componen. De cualquier modo, en el caso de los poemas de Hugo, la extensión constituye un asunto sobre el cual vale la pena reflexionar, pues logra unir con pocos o muchos trazos, una expresión compleja y emocional. En “rotación”, lo que comienza y termina, y vuelve a comenzar y a terminarse, es la existencia encarnada en una materia incapaz de retener una sola forma. El problema que de esto se deriva es el de la individualidad que experimenta por unos instantes

“algo” —lo que probablemente reconocemos como la realidad— dentro de la “molienda universal”, y luego desaparece. Ante ese hecho infranqueable, queda el poema, el apunte sensual y la perplejidad frente a una posible renovación:

*...cielo alto  
vacío  
inagotable refugio  
recibes la mirada  
mientras de nuevo  
el sol avanza*

Sobra decir que una visión así, no puede ser la de un hombre joven. La recuperación de los recuerdos, la conciencia del tiempo de una vida —mecanismos reconocidos desde el título de este libro denso—, no son propios, aunque resulte redundante, de quien aún no ha vivido. Uno debe haber experimentado el amor y el dolor, como escribió Rilke, para reconocer, al igual que Montaigne, que “vivir es aprender a morir”. La muerte se olfatea en estos poemas. No hay, sin embargo, ninguna queja, ningún heroísmo, la vida avanza como siempre y para todos. Hay solamente un hombre y una ventana. Una pequeña libreta y un lápiz de punta chata. Hay también el deseo de asir una experiencia, para después, quizá, ser compartida.

En otra de las clases de Hugo, me tocó escuchar a una alumna de lindos ojos azules, que ayudada por él, poco a poco nos fueron develando el sentido de uno de los enigmáticos y atrayentes poemas de *Trilce* de César Vallejo. El vocabulario arcaico, las expresiones cotidianas y localizadas cobraron un significado tan cargado e íntimo que la revelación de un mundo como ése y la posibilidad de experimentar algo de esa forma me llevó a querer escribir. Nunca me imaginé lo duro que sería, ni el rigor interior que se requiere para poder juntar algunas palabras con verdad y necesidad. Al salir de las clases intentaba hablar con Hugo, cuestionarlo, pero él salía tan rápido del salón y su mirada tan intensa me impresionaba de tal modo que cuando llegaba a decir algo tenía la sensación de no haber dicho salvo tonterías. Ese miedo desaparecería más adelante para convertirse afortunadamente en tardes larguísimas de conversaciones agradables que me cargaban de entusiasmo y alegría.

Por ese tiempo Hugo llevaba seis o siete años publicando la que fue sin duda la mejor revista de poesía y reflexión sobre ésta publicada en español: *Poesía y poética*. Existía un precedente, un número único que Hugo consiguió publicar en la Universidad del Litoral de su ciudad Santa

*—que es sordo y es mudo—  
recién sentirás.*

*Verás que todo el mentira,  
verás que nada es amor,  
que al mundo nada le importa...  
¡Yira!... ¡Yira!...  
Aunque te quiebre la vida,  
aunque te muerda un dolor,  
no esperes nunca una ayuda,  
ni una mano, ni un favor.*

*Cuando estén secas las pilas  
de todos los timbres  
que vos apretás,  
buscando un pecho fraterno  
para morir abrazao...  
Cuando te dejen tirao  
después de cinchar  
lo mismo que a mí.  
Cuando manyés que a tu lado  
se prueban la ropa  
que vas a dejar...  
Te acordarás de este otario  
que un día, cansado,  
¡se puso a ladrar!*

Su madre, por otro lado, hasta donde pude darme cuenta por lo que me relató, fue una mujer sencilla y hogareña. Hugo no solía hablar de ella, sin embargo me mencionó lo agradable que era su cocina, donde preparaba la caza —liebres, patos, nutrias—, o animales traídos de la granja. Los ñoquis y la salsa que preparaba su madre fueron para él una evocación permanente de su infancia. En distintas ocasiones en su pequeña mesa de madera de su departamento los amasaba y me enseñó a prepararlos. Las tradiciones culturales son incesantes, no dejan nunca de desplazarse y quienes heredamos somos al mismo tiempo transmisores de saberes que viajan por el mundo desde tiempos inmemoriales.

Cuando Hugo llegó a Santa Fe, no sólo dejaba su vida en el campo, se alejaba además de la vida y el resguardo familiar. Iniciaba así su independencia y el celoso conocimiento de su interioridad, de sus



la fascinación que le produjo leer las narraciones de Cesare Pavese por la proximidad de lo que le fue ocurriendo a lo largo de su vida. Valoraba sobre todo las traducciones de Atilio Dabini, un traductor argentino que hizo circular en Argentina casi al mismo tiempo que se publicaban los libros de Pavese o Vittorini en Italia. Creció por lo tanto en el campo, entre caballos y pastizales. Luego de ir a la escuela asistía a los asados que su padre organizaba al final de las jornadas de trabajo. Ya para terminar los estudios de secundaria, sin recordar muy bien como tuvo su primer encuentro con la poesía, quizá después de la lectura de algunos versos que lo entusiasmaron, decidió escribir algunos propios que después emocionado le enseñó a su padre. A partir de ahí aquella relación se modificó convirtiendo lo que había sido una unión amorosa y llena de comprensión en un intercambio respetuoso y algo distante. A muy temprana edad Hugo salió de su casa y fue a estudiar a la ciudad de Santa Fe y a Buenos Aires. Había conocido a Miguel Brascó quien lo introdujo en la poesía de una manera más consciente. Trabajó un tiempo en el Teatro Colón y eso lo acercó igualmente a la música. Cuando conocí a Hugo y empecé a leer los libros que me recomendaba, las *Cartas al joven poeta* de Rainer Maria Rilke, *El pozo* de Juan Carlos Onetti, *Rojo y negro* de Stendhal, etc., socarronamente me decía: “Bueno che, y ahora que estás leyendo todos esos libros, qué música escuchás, conocés a Luigi Nono, a Morton Feldman, te gusta el jazz? ¿Qué cine ves, haz visto las películas de Antonioni?”. Entendí entonces que la formación era en todos los flancos y había que ir poco a poco abarcándolo todo. Al escribir esto me doy cuenta que podría parecer que a Hugo le interesaba solamente la alta cultura, el arte del siglo XX, pero no es así. Le gustaba Bach pero también Tom Waits y cada tanto tarareaba algún tango. Le gustaba “Yira” de Enrique Santos Discépolo :

*Quando la suerte qu' es grela,  
fayando y fayando  
te largue parao;  
cuando estés bien en la vía,  
sin rumbo, desesperao;  
cuando no tengas ni fe,  
ni yerba de ayer  
secándose al sol;  
cuando rajés los tamangos  
buscando ese mango  
que te haga morfar...  
la indiferencia del mundo*

Fe, en Argentina, durante su intento de volver a vivir en su país durante el gobierno democrático de Raúl Alfonsín. Hugo pensó que podría regresar, pero en pocos años las huelgas y los paros continuos obligaron a Alfonsín a renunciar y Hugo decidió volver a México. Sus amigos estaban dispersos y el ambiente benévolo del pasado no existía más. Pero me distraigo. La línea de la revista era clara y bien delimitada. Consistía en darle la voz a los poetas, a los artistas, músicos, cineastas, escultores y pintores <sup>¾</sup>pues son ellos quienes están más capacitados para hablar de su trabajo<sup>¾</sup>, y acompañar estas reflexiones de poemas que buscaban ser innovadores en cuanto a su forma y críticos con su lenguaje y el mundo de donde provenían. Cuando se publicaban traducciones —la nómina de traductores es inmensa aunque podría mencionar a Guillermo Fernández que tradujo muchos poemas italianos o a Selma Ancira, traductora del ruso y del griego—, siempre se hacían explícitamente para la revista e iban junto a las versiones originales. Así aparecían lenguas extranjeras que algunas veces nos llevaban a buscar palabras deslumbrantes en los diccionarios. La revista introdujo a muchos autores contemporáneos, que sin exagerar me atrevo a decir que si no fuera por Hugo, jamás hubiésemos leído.

Gracias a *Poesía y poética* pude salvarme un poco de mi ignorancia y enterarme de escultores como Henri Moore o Constantin Brâncuși, de pintores como Washington Barcala o Arturo Reverón. Ahí me enteré de compositores como John Cage y Conlon Nancarrow. Leí por primera vez a Robert Creeley, un poeta norteamericano que ha sido un ejemplo y una piedra de apoyo para mi vida. Como he dicho antes, paralelamente a la revista se publicó una colección de libros, que por las condiciones espaciales de la revista, a veces era mejor publicar por separado. Estos libros ampliaban aún más la visión de la revista que era sin duda la de Hugo. El libro de Marina Tsvietáieva traducido felizmente por Selma Ancira, *Una dedicatoria*, narra la relación entre esta poeta y Osip Mandelstam, el gran poeta ruso. Este relato de carácter biográfico e íntimo, dejaba ver la exigencia de la poesía y la dificultad de los poetas para encontrar, como lo dijo Robert Creeley muchas veces, su lugar en el mundo. Libros con estas características estaban siempre sobre la mesa de lectura del despojado departamento de Hugo en las Torres de Mixcoac en la Ciudad de México, y cuando digo despojado, lo digo porque muchas veces tuve la impresión de que esos pocos muebles, cuatro sillas, una mesa, unos cuantos libreros, en fin, esas pocas cosas que habitaban su casa, eran en realidad un afán de vaciamiento, un vacío que le permitió a Hugo al igual que a San Juan de la Cruz, una vida interior rica y rodeada de un ajustado silencio, como puede notarse en el siguiente poema:

NO MÁS acopios  
    inútiles  
ni enseres  
ni baratijas  
ni repisas  
    sólo paredes blancas  
un pantalón  
una camisa  
una campera de cuero  
un pan para cada día  
una mínima cuota de carne  
poca verdura  
alguna fruta  
    qué más?  
tardes vacías  
para subir al cielo solitario  
  
Recién ahora empieza  
    la gimnasia.

Para Hugo la vida fue siempre una interrogación. Ver como otros enfrentaban el asunto era por lo mismo una ocupación permanente. Muchas veces en nuestras conversaciones jamás mencionábamos un libro o un autor. Hablábamos simplemente de nuestras preocupaciones cotidianas. Compartíamos una receta, el descubrimiento de un vino, la posibilidad de viajar a algún lugar. A veces salíamos a caminar en las mañanas. Me acercaba a su casa y caminábamos por ahí, en las calles cercanas. Preguntaba por mis novias, hablar de relaciones con mujeres era un tema recurrente. Su compañía, el placer y las complicaciones y placeres de la sexualidad era algo que le importaba mucho. El poema que abre su libro *Filtraciones*, es una buena prueba de ello. Ya no recuerdo en que momento ni por qué razón, pero me hizo leer *El tao del sexo y el amor* de Nolan Chang. Pero antes de leerlo me dijo que leyera un libro de Lawrence Durrell, *Una sonrisa en el ojo de la mente*, el sorprendente encuentro entre el joven sabio oriental y el viejo escritor occidental.

Los libros que Hugo editó ventilaron las concepciones solemnes y sosas de la tradición poética de México. Esto desde luego no era bien aceptado por los grupos culturales hegemónicos del mundillo literario mexicano pues las elecciones de Hugo se regían exclusivamente por la calidad de la expresión. Muchas veces a voces se decía que *Poesía y poética* no

publicaba a autores mexicanos, lo cual sin duda fue y es una mentira. Basta con revisar los índices de los 36 números para darse cuenta que siempre hubo espacio para autores mexicanos incluso renombrados como Ulises Carrión, Jorge Esquinca o Alberto Blanco. Cuando Octavio Paz ganó el premio Nobel, Hugo escribió una felicitación. Como sea la revista se hizo de un lugar en la vida cultural de México, Latinoamérica y algunos países de Europa donde Hugo fue haciendo amigos a lo largo de su provechosa vida. Una prueba significativa de su conquista sucedió en 1999 con la violenta expulsión de Hugo de la Universidad Iberoamericana debido a la ambición de poder y los torpes deseos de profesionalización de un grupo de mediocres académicos apoyados por la directora del departamento de letras, Silvia Ruiz. Buscaban aprovechar para su beneficio el presupuesto con que se hacía la revista. Con una insana estupidez quisieron quedarse con el prestigio de *Poesía y poética*, pero sin Hugo, y nombraron como nuevo director a Samuel Gordon, un supuesto investigador, en realidad un oportunista que engañó a todos obteniendo un tiempo completo en la Ibero y en la UNAM como si eso fuera físicamente posible.

Ese arrebato injustificado tuvo de inmediato sus consecuencias. La comunidad cultural y literaria de México y otras latitudes reaccionó con firmeza. Llegaron cartas de apoyo de Jorge Eduardo Eielson, de Haroldo y Augusto de Campos, de Gary Snyder, William Rowe y muchos más. Se publicó un artículo en la importante revista *Letras libres* y en general la reacción fue de indignación. Esto sin embargo, le permitió a Hugo hacer un balance de diez años de trabajo pues pudo darse cuenta con mayor certeza del alcance de su esfuerzo. Fueron 36 números como ya he dicho y 21 libros todos ellos de una calidad infrecuente, propositivos, polémicos y bellamente diseñados y editados. No he dicho nada al respecto de esto último, pero para Hugo el diseño formaba parte importante de la publicación de libros y revistas. *Poesía y poética* siempre estuvo ilustrado monográficamente pues se trataba de dar a conocer el momento de la obra de un solo artista y no una miscelánea desconcertante de imágenes diversas. Cada poema en la página exige una espacialidad distinta, un despliegue distinto. Por ello el diseño ideado por Gerardo Menéndez quien colaboró desde el inicio con Hugo, fue siempre impecable, despojado y dándole sitio a lo que realmente importa, las palabras. Lo otros colaboradores relevantes de esos años fueron Juan Alcántara y Ana Belén López, personas con las que Hugo estuvo infinitamente agradecido.

Hugo Gola nació en Pilar, un pueblito próspero de la provincia de Santa Fe en Argentina en 1927. El lugar se había organizado básicamente por una colonia de inmigrantes piamonteses. Hugo me contó muchas veces